

los años, uno de los más importantes elementos de conservación de la paz universal.

Cuando en 1822 Manuel Torres fue recibido en su carácter de representante acreditado de la Gran Colombia por el presidente de los Estados Unidos, vió en esta misión el cumplimiento de una de sus más grandes esperanzas. La escena en la Casa Blanca en esa memorable tarde del mes de junio de 1822, cuando, con salud quebrantada, fue presentado oficialmente al presidente Monroe, no sólo constituyó la realización de una gran esperanza sino que fue una promesa, no menos grande, para el porvenir. Aun cuando la doctrina Monroe no se había promulgado hasta entonces, los propósitos por los cuales había trabajado Torres estaban en vía de una pronta fruición.

Manuel Torres siempre será una gran figura en los anales de las relaciones internacionales del continente americano; siempre ocupará un puesto muy elevado entre los que tuvieron la visión de un panamericanismo constructivo. Es muy apropiado, por lo tanto, que la Unión Panamericana, la cual en el verdadero sentido de la palabra es el resultado lógico de sus esfuerzos, rinda en esta gloriosa fecha el más sincero homenaje a su memoria. En nombre de la Unión Panamericana deposito esta corona como un tributo a la memoria de un gran patriota americano».

EL SALVADOR

En un cuchitril infecto, alumbrado por humosa lámpara de petróleo, alrededor de una mesa, en la que el mugre eclipsa al barniz, y ante sendos jarros de vino, hablaban sigilosamente tres hombres.

Uno de ellos, fuerte, robusto, de franco pero triste mirar, hablaba con calor.

Los otros dos, de torvo aspecto y recelosa actitud, parecen prestar más atención a los rumores de la calle que

hasta el cuchitril penetran, que a las palabras de su compañero.

Sin duda les va algo en lo que en la vía pública ocurre, y ello debe de ser grave. Toques de corneta, voces de mando, exclamaciones y alaridos de muchedumbre in subordinada.... Una descarga.... Silencio de muerte.... Todo eso llega al fondo del cuchitril en que se hallan nuestros hombres.

—Por eso vengo. Sé que necesitáis un brazo, y que lo pagáis bien. Mi gente se muere de hambre. A mí aun me queda qué perder. ¿Qué deseáis?

Los tipos de aspecto torvo y actitud recelosa se miran, y uno de ellos pregunta:

—¿Estas seguro de que podrás hacer lo que te encarguen?

—Lo que sea. ¿A qué he venido aquí?

—Es que si....

—Lo que sea, he dicho.

—Dan cincuenta duros—añadió el que no había tomado aún parte en la conversación.—Pones la piel y la libertad. Este es el trato.

—Pues trato hecho—replicó resueltamente el aludido, bebiendo luégo un largo trago.

Imitáronle los interlocutores, y uno de ellos dijo, sacando de su faja con mil precauciones un objeto oblongo, de color oscuro, que dejó sobre la mesa.

—Hay que dejarla en la entrada del convento con la mecha ardiendo. ¿Conviene?

—¡Una bomba!—exclamó reculando instintivamente aquel a quien la pregunta se dirigía.

—¿Crees tú que cincuenta duros se ganan rezando el rosario?—le replicaron.

—¡Cincuenta duros!

—Míralos.

El infeliz devoró con la vista aquel fajito de papeles como sugestionado. No había visto tantos nunca. Su familia se moría de hambre.... ¡a otros les sobraba todo!....

Pensaba en alta voz, y la maldita tentación decía por boca del que le enseñaba el dinero:

—Si les sobra, sí.—Esas tales de monjas, bien guardadas detrás de sus rejas, no habrían dejado de comer aquella noche, mientras la tropa fusilaba en las calles a los hijos del pueblo....

Los fusiles tronaron de nuevo. Su fatídico ¡prúm! llegó distintamente al fondo del cartucho miserable en que se tramaba el inicuo atentado.

—Sobre todo—seguía diciendo el tentador,—si tú eres vivo no hay modo de que se sepa quién *la* ha dejado.... El fuego de la mecha hará lo demás, y entre tanto, tú tienes tiempo sobrado para huir....

—¿Qué hacemos?—preguntó el *à latere*.

—¿Cuándo hay que hacerlo? ¿Cuándo se cobra?

—Esta noche todo. A las doce, rematado el *negocio*.

—¿Aquí?

—Aquí.

La fisonomía del desgraciado comprometido a tan negra acción adquirió un tinte lívido a despecho de las libaciones, y visible aun a la mortecina y fatigosa luz de la lámpara.

—Venga—exclamó de pronto, poniéndose en pie.—Yo también quiero vivir.

—Guárda eso con cuidado—le dijeron, señalando a la bomba.

Hízolo así, y extendiendo los brazos alargó las manos a sus infames camaradas, que éstos tomaron entre las suyas

—¿A las doce?—les preguntó.

—En punto—le contestaron.

Y con gran cautela, después de reconocido el terreno Juan Antonio salió del cuchitril, en el que penetró una ráfaga de aire fresco y puro que hizo vacilar la llama amarillenta y mezquina del quinqué

*
*
*

En la calle había cesado el tumulto.

Juan Antonio al recibir en sus pulmones el oxigenado ambiente de la vía lo aspiró con fuerza, experimentando una sensación inefable de bienestar.

Miró a un lado y a otro. No vio a nadie. Pasos lejanos se perdían entre los rumores de la noche. Palpó con cuidado su faja Juan Antonio. *Aquéllo* estaba seguro, y echó a andar.

Antes de llegar a la esquina una sombra se interpuso en su camino, y cruzando una arma de fuego preguntó:

—¡Alto! ¿Quién vive?

A Juan Antonio le dió un vuelco el corazón. A lo lejos cruzaba una patrulla de caballería. La población estaba tomada militarmente, sin duda.

Juan Antonio contestó con insegura voz, y siguió su camino, sobresaltado, creyendo ver un espía en cada sombra, confundiendo la suya con la de alguno que siguiera sus pasos....

—No hay más remedio—murmuraba.—A las doce, cincuenta duros. Mañana, pan....

Y seguía andando.

II

La esposa de Juan Antonio y sus hijos, tres criaturillas desmedradas y enclenques, aguardaban la vuelta del ausente en la mísera guardilla, a obscuras, hambrientos, en silencio. Los chicuelos se distrajeron al sonar los primeros toques de corneta, acurrucándose junto a su madre al oír los primeros disparos.

Cada uno de éstos le parecía a la última el destinado a matar a su marido.

—¡Ay mi Juan Antonio!—repetía al oír las descargas. Y estrechaba a sus polluelos como temiendo perderlos.

—¡Tengo hambre!—decía uno.

—¡Tengo miedo!—decían todos.

—Ahora, ahora vendrá padre—contestaba la mujer de Juan Antonio.—Ahora vendrá padre.

Y lo repetía como para llevar a su propio ánimo un convencimiento, menor a cada minuto más de ausencia.

Para la infeliz criatura la inusitada tardanza de su marido no podía parecer extraña, porque Juan Antonio había dicho al marcharse, al anochecer:

—Voy a buscar pan. Si lo encuentro, volveré; si no lo encuentro....

El portazo había cortado la frase y evitado a la mujer la pena de oír la blasfemia con que Juan Antonio la terminara.

Pero la expresión, el gesto, el ademán, se lo habían dicho todo.

Sí; si Juan no encontraba pan, se mataría.

¡Ah! Si no hubiera sido por aquellos pobrecitos hijos que la rodeaban, ella hubiese ido en seguimiento de su marido. Así no le quedaba otro recurso que llorar y rezar.

Si Juan Antonio rezase.... ¡Pero hacía tanto tiempo que no había podido reducirle! Sólo en los tres o cuatro primeros meses de su matrimonio. Después, ni una avermaría.... Los amigotes y compañeros del trabajo lo habían vuelto del revés. Y las consecuencias eran para ella y para sus hijos, ¡para los inocentes! Esto era una injusticia muy grande, sí, muy grande.

La pobre mujer alzó los ojos y miró al cielo por el agujero que ponía en comunicación el tabuco con el aire respirable.

Arrepintióse de haber juzgado temerariamente de Dios. Ella no, Dios mío, ella no era inocente, sino una mujer: ¿quién sabe qué delitos purgaba ahora?

Pero sus hijos nada debían aún; Señor, protección para ellos, pan para ellos... para ellos y por ellos todo....

Arrodillóse abrazándolos y rezó, con el rostro frente al cielo, resplandeciente de estrellas, sublimemente sereno.

III

Entre tanto, Juan Antonio llegaba al término de su viaje.

Frente a él, a no mucha distancia, se alzaba la negra silueta del convento, en cuya fachada a la altura de un hombre, la débil luz de un farolillo iluminaba una hornacina, en cuyo fondo se exponía a la piedad de los viandantes una imagen del Crucificado.

Juan Antonio paró un momento, dominado por un temor que procuró rechazar de sí mirando a uno y otro lado como si lo que turbase su espíritu fuese la idea de ser visto de los hombres.

No era así, sin embargo, porque no se oía ni el rumor de pasos lejanos: Juan Antonio estaba solo y no osaba avanzar....

—¿Soy un hombre?—Se dijo.—¿Qué hago aquí como un estúpido? ¡Adelante!

Y avanzó hasta llegar al portal mismo del convento. Aplicó el oído. Nada. Nada. Ni el más leve ruido.

Juan Antonio palpó en su faja, buscó la bomba y la depositó sobre el dintel con mil cuidados.

Encendió una cerilla y la aplicó a la mecha. Un tenue chisporroteo se produjo. En un rincón del portal se vió una brasa rojiza....

El crimen estaba cometido.

Juan Antonio, como fascinado, clavó sus ojos en la ardiente mecha. Trató de separarse de aquel lugar de peligro; pero sus piernas no obedecían.... y la mecha seguía consumiéndose.

El ciego, el desdichado criminal, vio claro el horror de su conducta miserable.

Arrojóse sobre la bomba, y, abrazándose los dedos, arrancó la mecha arrojándola lejos de sí, en medio de la calle, donde siguió ardiendo.

Abrióse, en esto, la puerta del convento, y sobre su dintel se destacaron las figuras de dos soldados enviados allí por la autoridad para proteger la vivienda de las vírgenes del Señor contra posibles desmanes de las turbas revueltas.

—¿Quién va?—gritó uno de ellos.

Atarugóse Juan Antonio y nada dijo.

—¿Quién va?—repitió la voz con más fuerza, mientras se oía un sonido metálico y seco, como el de montar un arma de fuego.

Los soldados avanzaron hasta Juan Antonio y le detuvieron.

El infeliz cayó de rodillas. El arrepentimiento y la emoción habían vencido sus energías.

—Estará enfermo—dijo un soldado.

—Quizá herido—replicó su compañero.

—Metámosle ahí, que le asistan si lo necesita.

Y le arrastraron, medio desfallecido, al ancho portallón. La puerta se cerró tras ellos.

IV

Al cabo de algún rato Juan Antonio pudo hablar. La solicitud cariñosa de las madres, volviéndole a la vida, le hizo derramar lágrimas, cuyo origen no comprendía bien aquella buena gente, cuya destrucción había estado a punto de ocasionar.

Le indicaron que podía partir, si lo deseaba.

—¿Hay aquí algún señor cura?—preguntó Juan Antonio.

—El señor capellán vive cerca—le contestaron.

.....

La confesión de Juan Antonio fue larga. El capellán le oyó entre horrorizado y compasivo. Juan Antonio salió del convento asido de su brazo, fortalecido con sus consejos y con pan para su gente.

Al pasar ante el crucifijo de la hornacina, dijo al sacerdote:

—Este, padre mío, este Cristo me ha salvado. Y usted, que no se ha espantado de mí y me ha oído.

El cura contestó con sencillez:

—Yo, no. Siempre y en todo Cristo.